

Clara Voghan

Pequeños Pecados

edición digital



Reading & relax, IV

© Clara Voghan, 2006

Todos los derechos reservados.

Exp. 464496

Edición digital de CCM

de distribución gratuita,

se prohíbe su venta.

Información y comentarios:

claravoghan@mailbolt.com

Pedidos

y representación editorial:

CCM

claravoghan@lycos.com

CAPÍTULO IV

—¿Acaso esta tarde no nos íbas a presentar a tu prometido? —preguntó Mercedes con cierta insidia.

—Rompimos —fue la escueta respuesta de Victoria.

Para sus adentros, la muchacha sonrió: ¡si su madrastra hubiera sabido lo cerca que había estado, apenas unas horas atrás, de recuperar todo ese dinero que tanto le importaba!...

—¿Rompieron? —se escandalizaron todas las Ferrari, al unísono.

Victoria se sorprendió. No esperaba que un hecho tan íntimo tuviera semejante repercusión entre los presentes.

La primera en quejarse fue Vanina: —¿Qué? ¿Y ahora vas a volver a meterte con mis hombres? —rezongó enfurecida.

—De seguro debe haber alguno que no te pertenezca... —se burló su media hermana.

—¡Los oportunistas harán fila a tu puerta! —vaticinó Mercedes.

—Si necesitas el número de uno de ellos, busca en la agenda de mamá. ¡Están todos! —salió en su defensa Esmeralda.

Victoria le sonrió, agradecida, pero la joven le respondió con una mueca.

Mercedes, por su parte, no se inmutó y continuó con su arenga:

—¡Lo único que faltaba! ¡Cómo si aquí sobraran los hombres!... ¡Y encima, como si fuera poco, has prohibido las fiestas de los viernes, dónde se conocía tanta gente interesante! —se quejó, con la voz chillona que la caracterizaba.

Y fue todo cuestión de mencionar la fiesta, para que de inmediato se hablara del dinero. Y entonces sí que aquel comedor terminó convirtiéndose en un verdadero pandemonio, donde los reproches se servían junto con la comida y el vino.

El único que logró mantenerse ajeno a tan amena “charla”, fue Nicolás, a pesar de que Victoria buscó varias veces su auxilio con la mirada. Pero al terminar la cena, fue él, el único que se le acercó.

—Si necesitas hablar... —le ofreció.

Y comenzaron a caminar juntos hacia el jardín de invierno.

Victoria nunca antes había estado allí. Era un lugar bello y tranquilo, repleto de plantas exóticas, apenas iluminado por una luz tenue, y acariciado por el murmullo de una corriente de agua.

—¿Estás muy mal? —le preguntó “Ojos dulces” al llegar allí.

—Estoy dolida. No es cuestión de amor, sino de orgullo. Me duele pensar que, ni siquiera el hombre con el cual he compartido siete años de mi vida, haya podido amarme por lo que soy...

—¿Sólo orgullo?... ¡Vamos!... Debe haber mucho más que no confiesas. No creo que sea fácil separarse de la persona a la cual se ha amado por siete años...

Victoria calló. ¿Había amado alguna vez a Guillermo?... Él nunca había sido para ella exactamente “un hombre”... Nunca había experimentado junto a él este sentimiento dulce que la embargaba ahora ante la cercanía de Nicolás... O ese arrebató intenso que la mareaba cuando su mirada chocaba con la de Co...

¡¿Qué estaba diciendo?!

Se ruborizó, y su cuerpo comenzó a temblar.

Era la primera vez que se atrevía a confesarse a si misma que...

... que a veces le “pasaban cosas” cuando estaba con su jefe...

—¿Y qué piensas hacer ahora?

La voz de Nicolás la volvió a la realidad, y la obligó a sobreponerse.

—Quiero casarme, tener una familia...— dijo, al fin.

—¿Casarte?... ¿Y con quién?...

Sus miradas se encontraron. ¡Qué hermoso era!

—Tengo mis posibilidades abiertas... —respondió Victoria en un tono invitante, con un desparpajo del que nunca se hubiera creído capaz.

Pero Nicolás no recogió el guante. Por el contrario, casi la amonestó: —Estás poniendo el carro delante del caballo. ¿No se supone que primero debes enamorarte?

Victoria no supo qué responder. Por muy evidente que fuera, nunca lo había pensado así. Por el contrario, siempre había creído que si encontraba un marido, el amor y la pasión llegarían solos.

—Bueno, yo... —intentó justificarse. Pero los gritos de Berta no la dejaron terminar:

—¡Señorita Victoria!—

La dama lucía consternada.

—¿Pasa algo? —preguntó Nicolás.

—Ha llegado una dama muy nerviosa, que dice ser su suegra, señorita...

Victoria y Nicolás cruzaron miradas.

—¿Quieres que te acompañe? —se ofreció él.

—No, gracias... Es un asunto que debo resolver yo.

La muchacha se apuró a seguir a Berta hasta el despacho de su padre.

“Su suegra” (la madre de Guillermo), a pesar de lo anunciado, lucía distendida, examinando un valioso jarrón, como si estuviera a punto de comprarlo. Pero al notar la presencia de la muchacha, todo su gesto cambió, volviéndose trágico.

—¡No puedo creerlo, Victoria!... ¡No puedo creerlo de ti! —comenzó a decir sin soltar el jarrón—. ¡Con qué derecho le has hecho esto a nuestro Guillermo! ¡El pobrecito está destruido!... ¡A él!... ¡A él, que siempre te ha adorado!...

—Ha sido su hijo el que ha roto nuestro compromiso...

—¡Claro! Por que lo ofendiste dudando de su amor... ¡Como si nosotros estuviéramos interesados en tu roñoso dinero!... ¡Nosotros!, que por ti hemos abierto las puertas de nuestra casa a esa... a esa... Ramona.

—Las de la cocina, querrá decir. ¿Acaso no recuerda? Nunca la recibió en otro sitio. Incluso el día que fue a saludarla por su cumpleaños, la hizo esperar allí, mientras usted y sus amigas festejaban en la sala.

—¿Qué pretendías?! Soy la esposa de un abogado. Entenderás que...

—Entiendo. ¡Claro que entiendo!... Y de la misma forma debe entenderme usted ahora a mi...

Por un momento Victoria creyó que “su suegra” iba a arrojarle sin más trámite aquel jarrón. Pero no. A pesar de la furia que escondía en su mirada, aquella “señora” le habló con calma:

—¿Qué ocurre, Victoria? ¿Se te han subido los millones a la cabeza?... ¿Es que ahora la familia Puente no es suficiente para ti?... ¿Nos desprecias?

—¡Sí! —respondió con vehemencia la joven—. ¿Qué se siente?... ¿Qué se siente que a uno lo traten como una basura?... Y lo he hecho sólo por un minuto. ¡Imagínese siete años!... —dijo, dejando escapar toda la furia que había contenido por largo tiempo.

Luego se calmó: —Váyase de aquí, Dora, y no vuelva. Y, por favor, deje ese jarrón donde lo encontró. No quisiera tener que revisarle el bolso, como hacía usted con mi madre, cada vez que ella salía de su casa.

—¿Cómo lo...

—¡Siempre lo supimos! —la interrumpió la muchacha con desprecio.

Y sin decir más dejó sola a aquella arpía miserable.

Pero una vez en su cuarto, comenzó a reír... Sin parar...

¡Ahora sí que había valido la pena ser rica!

* * *

El domingo por la mañana, antes de ir a Misa, Victoria ya se había arrepentido de su “pequeña venganza”. Si bien Dora había cometido todo tipo de bajezas con ella y con Ramona, el padre de Guillermo la había tratado siempre con cariño. Así que de regreso de la Iglesia, decidida a solicitar su perdón, se dirigió sin más trámite hasta el barcito adonde el Dr. Puente se refugiaba de la furia matinal de su esposa.

—¡Victoria! —se sorprendió el digno abogado al verla.

—Vengo a pedirle disculpas por lo de ayer. No he sido justa con...

—¡Olvidalo! Mi mujer se merecía eso y mucho más. En cuanto a mi hijo... ¡Es un idiota! Y no me imagino como pasó tanto tiempo antes de que te dieras cuenta...

Victoria le sonrió con afecto, y el Dr. Puente le tocó la cabeza. Fue algo parecido a un gesto de cariño (bastante bien, considerando lo poco acostumbrado que lo tenía su familia a ese tipo de expansiones)

—¿Qué piensas hacer ahora, muchacha?... He oído por allí que Roberto Loria está furioso contigo por aguarle el negocio.

—Será problema del tal Loria...

—No te confíes. ¡Ya he visto como funciona! Lo ha hecho antes con varios de mis amigos. Si no puede

comprar, los arruina. Infiltra a su gente, o soborna a los empleados más antiguos. Y si así y todo no obtiene lo que quiere, recurre a sus múltiples relaciones en la política. No hay gobierno que no lo haya sentado en primera fila a la hora del reparto..

—¿Y qué tengo que ver yo con la política?

—No digas eso, querida. ¡Todos tenemos que ver! Y no sólo me refiero a que te nieguen créditos públicos, o a que dicten leyes que te perjudiquen. ¡No! Su especialidad es algo mucho más directo e irreversible: ¡las inspecciones! En un minuto te llena tu negocio de gente del municipio, de rentas o del mismísimo fisco, revolviéndolo todo, intentando descubrir cualquier pequeño error cometido en los últimos diez años. Y te puedo asegurar que con las leyes injustas y alambicadas de este país, no hay nadie que pueda salir libre de culpa.

—Gracias por el aviso, ¡pero ya estoy lo suficientemente asustada!... Mañana es mi primer día en la empresa de mi padre.

—¿Y por qué estás asustada?... ¿Qué puede ocurrirte allí?

—Temo quedar como una idiota. ¡No me lo perdonaría!... Y es que no tengo experiencia en el manejo empresarial...

—Pero eres muy eficiente en tu trabajo...

—¡No! Cohen es muy eficiente...

Y bastó que Victoria lo nombrara, para que su corazón empezara a latir con fuerza.

Resopló.

Cohen era el último demonio de su pasado que tenía que conjurar. Y ya había llegado la hora de hacerlo.

* * *

Llevaba doce horas completas encerrada en el estudio de su padre, tratando de desentrañar la información de la empresa que le habían enviado. No se sentía del todo bien, y el aroma de los arreglos florales que había allí, sólo servía para empeorar las cosas.

Se puso de pie, y revisó la nota que sobresalía del ramo de margaritas y alelíos... ¡Este Guille! Para todo carecía de imaginación. Sólo había escrito en un papel: “Te quiero como... (algo tachado)... siete años”. ¿Qué habría querido decir?... En cuanto al otro, el de Eduardo Rolón, lo único encantador que tenía era un osito de felpa blanco, de cuyo cuello colgaba una tarjeta: “No odies al mensajero”, había escrito con hermosa caligrafía. Pero las flores, si bien eran muchas más que las del modesto ramo de su ex, y más lujosas, tenían un aspecto un tanto artificial.

Volvió a tomar distancia y miró los dos ramos. En los veintisiete años de su vida (o veintiséis, lo mismo daba), nunca nadie antes le había regalado ni un mísero pétalo. ¡Nadie! Y ahora, apenas a cinco días de ser rica, ya había perdido un novio, tenía varios admiradores, y toda una florería en su casa. ¿Qué había cambiado en esos cinco días?

Quizás la advertencia de Mercedes la noche anterior no era tan errada. Mal que le pesara, al parecer se había convertido en un imán para los oportunistas...

Su estómago dio un salto en el vacío. Los demás ya habían cenado, pero ella no había querido interrumpir el trabajo, y, aparentemente, ahora estaba pagando las consecuencias.

Decidió tomar un poco de aire fresco, y salió de allí, hacia ninguna parte, dispuesta a evitar todo contacto con cualquiera que pudiera traerle un conflicto (es decir: con todos los de la casa). Pero cuando ya estaba próxima a la puerta del invernadero, unas voces la obligaron a esconderse. Era “Ojos dulces” y su madrastra. Victoria se asomó ligeramente, pero al verlos, horrorizada, volvió a ocultarse de inmediato.

Sus mejillas comenzaron a arder...

“¡No hay nada que hacer!”, se reprochó Victoria. “¡Sí que sé elegir a los hombres!”, se indignó. “¡Uno peor que el otro!... ¡Ahora puedo comprenderlo todo!... ¡Por eso Nicolás siempre ponía distancia!... ¡Claro!...”, se dijo.

El corazón de la muchacha latía acelerado.

Mercedes cerró la puerta y “su protegido” comenzó a caminar rumbo al lugar adonde Victoria se ocultaba. Con temor, la joven se apretó aún más contra la pared, hundiéndose en las sombras, y, por fortuna, aquel desgraciado siguió de largo sin verla.

¿Cómo le habían podido hacer eso a su padre?!... ¡Y ni siquiera lo disimulaban!...

¡Qué asco!

Victoria sacudió la cabeza tratando de alejar el recuerdo de lo que había presenciado. La imagen de su madrastra, apenas cubierta por unas bragas mínimas, acariciando a aquel traidor, que bien tenía edad como para ser su propio hijo.

¡Qué asco!

Se dio vuelta con enojo, dispuesta a regresar cuanto antes al lugar del que nunca debiera haber salido, pero sólo para tropezarse con Berta. Aquella mujer horrenda, parada frente a ella, la miraba con una imperceptible sonrisa en los labios. ¡De seguro se había divertido al verla esconderse allí! ¡Y más aún al notar su cara de decepción, tras descubrir las “actividades nocturnas” del muchacho, por el que ya todos sabían que sentía algo. ¡Sí que debió reírse por dentro, burlándose de ella! Pero por fuera se limitó a decir:

—Señorita Victoria... El doctor Rolón, hijo, la aguarda en la sala.

¡Rolón! ¡Lo que le faltaba!, pensó Victoria con odio. Pero luego se serenó. Después de todo, quizás en verdad le faltara alguien así. Buen mozo, inteligente, rápido, muy interesado en ella... Sí, “necesitaba” alguien así... Y es que a esa altura de su vida, simplemente necesitaba un hombre.

* * *

El reloj despertador sonó tres veces antes de estabilizarse en un zumbido persistente y molesto. Recién entonces, Victoria, que acababa de salir del baño, se apuró a apagarlo..

Como no podía dormir, se había permitido el lujo de llenar el hidromasaje de espuma (y sin el permiso de Berta, lo cual había vuelto la experiencia aún más encantadora). Luego había pasado casi media hora secando y modelando su cabello, y otra media, maquillándose. Y ahora, justo en el momento en que se suponía que se tenía que levantar, ya estaba lista para vestirse y partir.

Volvió al lujoso cuarto de baño contiguo para buscar algo de perfume. Pero en el trayecto se topó con su propia imagen. Tras la muerte de su padre, Mercedes había hecho colocar allí dos grandes espejos enfrentados. Era curioso

para Victoria verse en ellos, apenas cubierta por un sostén y una braguita de encaje. Hasta entonces nunca antes había tenido tanto contacto con su propia apariencia. Y es que, viviendo en un mal barrio como el de la pensión, siempre se había ocupado más en tapar su cuerpo que en descubrirlo. Pero ahora...

Se miró con satisfacción: su vientre chato, su cintura pronunciada, sus piernas firmes... ¿Qué había de malo en ella? Básicamente seguía siendo la misma que había andado durante veintisiete (veintiséis) años por la vida, sin lograr la atención de los hombres (o al menos, los que a ella le habían interesado). ¿Por qué Guillermo no había querido casarse desde un principio?... ¿Por qué aquel muchacho de la universidad nunca se le había insinuado?... ¿Por qué Cohen jamás la había mirado como a una mujer? ¿Era ella la que tenía el problema, o eran los varones que la rodeaban, los que estaban mal? ¿Había que heredar una fortuna, o tenía que regalarse, como hacía Vanina, para que alguno se interesara en ella?...

¡Estaba harta de estar sola!, siguió quejándose consigo misma, mientras terminaba de vestirse. ¡Estaba harta de no tener en quien apoyarse! Quería que la amaran... y quería tener sexo, ¡cuanto antes! Quería experimentar, aunque sólo fuera una vez en la vida, una pasión loca y desenfrenada. Sentir la excitación y la lujuria que a los hombres se le daba tan fácil. ¿Por qué a ella no?... ¿Por qué era una mujer? ¡Mentira!

Terminó de ponerse los zapatos y se miró al espejo una vez más. Subida a aquellos tacones altísimos, e iluminada por el brillo de las joyas que tenía puestas, por primera vez en su vida se sintió poderosa.

¡Sí!... Porque era una mujer, iba a conseguir un hombre...

¡Y todo lo demás!

* * *

Toda la seguridad que Victoria había adquirido al mirarse al espejo aquella mañana, la había perdido al subirse al magnífico auto importado que le habían asignado para llevar a la empresa, en su primer día de trabajo. Y es que si bien ella manejaba desde los trece (repartiendo por el pueblo lo que cultivaban en la granja), y siempre lo había hecho con pericia y destreza, los autos que había conducido hasta entonces (el de Cohen incluido), eran del tipo de los que debían domarse a fuerza de pura voluntad... Pero aquel bello Mercedes, en cambio, sólo necesitaba un tenue susurro para que toda su potencia rugiera.

Y, al parecer, ella era incapaz de susurrar...

(por cierto, ¡los tacones tampoco ayudaban!)..

Así que tuvo que resignarse, muy a su pesar, a las barbaridades que gritaban los demás conductores cada vez que cometía un error. Sin embargo, peor aún resultó tener que hacer los últimos metros dentro del garaje de la empresa, hasta llegar a su estacionamiento, bajo la mirada condescendiente de porteros y empleados, que observaban con una sonrisa los frenazos y las aceleradas innecesarias. ¡Mal comienzo!

Cuando llegó a la sala adonde se reunía el directorio, las cosas no mejoraron. Había allí al menos diez ancianos (el único joven era un tal Cardozo), y todos ellos la miraban con suma desconfianza. De inmediato entendió que no iba a ser nada fácil ganarse el favor de semejante audiencia, pero igual lo intentó.

¡Cómo lo intentó!...

Se esforzó por hablar con lentitud y autoridad. Pero, para su sorpresa, aquellos señores comenzaron a reaccionar de una forma muy extraña ante sus palabras. No gritaban (como hubiera esperado). No se oponían... Sólo se sonreían, mirándose encantados unos a otros, como si ella fuera una desnudista, en medio de un club sólo para hombres.

¿Qué estaba haciendo mal?! Ciertamente podían diferir con su análisis de la situación, pero... ¡Estaba segura de no estar diciendo ninguna tontería!... ¿o sí?.

Presa de su propia falta de seguridad, Victoria comenzó a tartamudear. Y, peor aún, a medida que los otros se

burlaban más abiertamente de ella, fue bajando el tono de voz. Y finalmente se calló por completo...

Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. El odio y la impotencia, la embargaban. Y es que para alguien tan pendiente de la aprobación de los demás, aquellas burlas eran casi imposibles de tolerar. Era como la peor de las pesadillas, pero sin la esperanza de un despertar que borrara la memoria de lo ocurrido.

—Señorita Ferrari... —dijo al fin, en tono condescendiente, el que parecía mayor de todos—, lamento que se haya tomado tanto trabajo. Entiendo su entusiasmo, y lo apruebo. Se nota que ha sido usted, como dijo su padre, una alumna brillante... Pero esta no es la facultad. Esta es la vida real. Esos datos en que ha basado su informe... ¡Por Dios! Hace más de cinco años que no tenemos esas ventas... Y tampoco esos son nuestros pasivos... ¡Creo que le han jugado una mala pasada!...

Todos comenzaron a reír, divertidos.

Entonces la pobre Victoria se dejó caer sobre su imponente sillón de directora, totalmente abrumada. Se sentía pequeñísima sentada en él.

Pero bastó ver a aquellos idiotas a cierta distancia, para que en su cabeza algo hiciera un “clic”.

Recordó la primera asamblea de accionistas a la que había concurrido, muchos años atrás, cuando recién comenzaba a trabajar en el estudio contable. Un fulano la

había tratado muy mal, y ella, incapaz de responderle, no había podido evitar las lágrimas. Al terminar la reunión, avergonzada, se había acercado a Cohen, dispuesta a renunciar. Pero él..., (¡todavía se estremecía al recordarlo!), él, en vez de gritarle, como ella esperaba, le había hablado con suavidad:

“Nunca muestres tu debilidad”, le había dicho. “Si un cobarde te lastima, trátalo como lo que es: simple basura. Es la única forma en que esos tipos entienden. No les des el gusto de verte fracasar”.

¡Cohen!

Y como si su jefe estuviera ahora allí, sentado junto a ella, Victoria decidió obedecerlo una vez más. Respiró hondo, se calmó, dejó que todos se rieran, y luego les habló en tono firme (el tono que Cohen le había enseñado):

—Veo que, a pesar de las continuas pérdidas de esta empresa, no han perdido el humor, ni las ganas de jugar. Veo que les sobra el tiempo para reír y hacer bromas pesadas. Yo, señores, en cambio, no me voy a limitar a llorar por su estupidez y su ineficiencia. Porque ustedes, perdón que sea tan franca, son todos unos inútiles...

—¡Niña!... Más respeto. Algunos hemos trabajado durante veinte años codo a codo con tu padre... —gritó enfurecido uno.

—Y muchos más han conspirado durante ese tiempo en su contra. ¡Por eso estamos como estamos, y ustedes lo saben!...

—¿Nos echas la culpa de lo que ha ocurrido en este país?...

—Otras empresas sortearon los problemas del país. En cambio esta se hunde... ¡Y ahora me doy cuenta por qué!... Demasiadas risas... Pero he venido para cortar cabezas, empezando por la del idiota que me entregó estos datos...

—Ha sido una broma —trató de contemporizar uno.

—Y la entiendo... Y pienso reírme... Mañana, cuando el responsable de hacerme perder el tiempo a mi y a los demás, esté afuera de la empresa.

—No puedes hacer eso...

Victoria se limitó a sonreír, confiada. Por dentro, temblaba, pero, como Cohen le había enseñado, no se dejó intimidar.

—Don Antonio lleva más de veinte años en esta empresa, y no puedes... —comenzó a decir Cardozo, con magnanimidad.

Pero su compinche se espantó.

—¿Qué dices, Cardozo? El informe lleva mi nombre, pero lo has hecho tú..., ¿recuerdas?

—¿Y acaso es común que usted ponga su rúbrica en cosa ajenas? —inquirió Victoria, con ironía.

Se produjo un breve encontronazo entre los dos antiguos amigos, pero su nueva jefa no los dejó continuar.

—Señores —dijo con autoridad, pero en un tono calculadamente bajo—. No voy a discutir. Mi tiempo vale demasiado. Esta mañana ha sido muy productiva. Gracias a ella tengo la certeza de que no puedo confiar en ninguno de ustedes...

—¡Los demás no hemos... —comenzó a defenderse uno.

—Los demás no han hecho nada para evitar esta vergüenza. Se suponía que en ustedes debía apoyarme. La falla de uno, es la de todos. Y “los demás”, los que no participaron, ni siquiera se han escandalizado por el tiempo perdido ... Pero no importa. Como decía, esta ha sido una mañana que ha servido para que me hablaran de sus lealtades... ¡Y pienso tenerlo muy en cuenta!...

Victoria se puso de pie, y todos aquellos hombres también lo hicieron, obedientes.

—Señores, no perdamos más tiempo. Para mañana por la tarde quiero que cada uno de ustedes me den un informe similar al que he dado yo hoy, pero basado en los datos que particularmente manejan. Luego he de corroborarlos con mi gente, así que no intenten ser “creativos”. En cuanto a usted, Don Antonio... En consideración a su edad, a partir

de mañana deberá mudarse a las oficinas de Lomas de Zamora...

—Pero allí no hay nada... —se espantó el viejo.

—¿Cómo que nada?... A partir de mañana, allí va a estar a usted. ¡Lo quiero lejos de toda información!... ¿Le queda claro?...

Don Antonio no se atrevió a contestar.

—Pero, dado que el señor Cardozo es bastante menor, me siento en libertad como para permitirle encontrar diversión en otro sitio...

—¿Adónde piensas enviarme?...

—A la calle.

—Mi desvinculación va a costarte una fortuna...

—Las industrias Ferrari están casi en quiebra. Yo no. Así que puedo darme el pequeño lujo de invertir en buenos abogados... Adiós, señor Cardozo. No ha sido ningún placer el conocerlo... En cuanto a los demás, los espero mañana, siete de la tarde, con los informes concluidos... ¡Y basta de tonterías, por favor!

Y entonces Victoria se permitió la satisfacción de salir de aquel maldito lugar pisando muy fuerte, con sus tacones altísimos.

¡Para eso era una mujer!

* * *

Victoria pegó una frenada, y el auto de atrás apenas pudo esquivarla. Volvió a acelerar...

Ahora que estaba sola podía darse el lujo de temblar y mostrar toda su debilidad. ¿A quién quería engañar?... No iba a poder hacerse cargo de la empresa... Y si bien era eficiente cuando estaba con Cohen, sin él...

Juntos habían desarrollado un método de ayuda mutua: cuando alguno de los dos se encontraba en problemas, el otro salía en su auxilio. Cohen valoraba sus juicios, y siempre la alentaba a crecer y mejorar en la profesión. Y, a pesar de que conocía todas sus fallas, nunca la había subestimado. ¡Qué curioso! Casi se podía decir que no necesitaban dirigirse la palabra para poder pensar juntos. Muchas de sus ideas más fértiles surgían del silencio compartido, mientras lo observaba beber whisky en algún bar. Él sabía exactamente como contenerla, sin necesidad de hablarle. Él...

¡Basta!... ¡Basta de Cohen por aquel día!... ¿Qué ganaba pensando en él? ¿Estaba tan desesperada por un hombre?...

Sí, era cierto, él la hacía sentir muy segura en el plano laboral. ¡Pero como mujer...!

Aceleró con violencia. Un tipo horrible se asomó por la ventanilla de un auto que cruzaba la bocacalle: —¡Vete a lavar los platos! —le gritó, justo antes de seguir su camino.

Y bastó escuchar aquellas palabras, y bastó ver el gesto de superioridad con que aquel idiota la miraba, para que el odio y la frustración volvieran a apoderarse de su cuerpo y de su mente, pero esta vez en la forma más irracional. Giró con violencia, y, con un enojo inusitado en ella, comenzó a perseguir a aquel imbécil por las calles atestadas, a toda velocidad. Con aquel motor potente le fue muy fácil alcanzarlo, y al hacerlo, no dudó en echarle el auto encima. Todo el tránsito se detuvo, y los insultos comenzaron a arreciar, pero Victoria, enfurecida, se limitó a descender del auto, en busca de su contrincante. El pobre hombre sudaba ahora, confundido por la presencia de esa mujer imponente que abría su puerta, obligándolo a bajar.

—¿Qué te ocurre idiota? —vociferó la muchacha—. ¿Te crees superior porque puedes manejar un auto? ¡Un mono puede hacerlo!... De mi, en cambio, depende el destino de más de doscientas familias, además de la mía... Y de ti, ¿qué? ¡Si apenas has podido comprar este auto miserable!... ¿Quién crees ahora que puede perder su estúpido tiempo lavando platos? ¿Tú, o yo?... ¡Idiota!

Victoria, que lo tenía asido por las solapas, lo soltó con asco. Una mujer que se había detenido para escucharla, la aplaudió con entusiasmo al oír sus palabras. Pero la muchacha se limitó a darle la espalda.

—Voy a hacer una denuncia —intentó quejarse aquel hombre pequeño, en un hilo de voz.

—Y yo voy a decir que intentaste violarme... ¿Y a qué no imaginas a quién de los dos van a creer? —le respondió, sarcástica.

El hombre no insistió.

Victoria se subió a su auto y arrancó, esta vez con suavidad. Los demás conductores la aplaudieron, sin saber muy bien por qué.

Temblando, avanzó un par de kilómetros, antes de detenerse en un bar.

—Un whisky —pidió con furia, una vez sentada a la mesa.

Y no fue hasta que se lo trajeron, que recordó que a ella el whisky nunca le había gustado.

Y entonces se sintió más sola que nunca.

* * *

Aquel había sido el peor día de su vida (¡y apenas eran las ocho de la noche!). Lo único que Victoria quería ahora era simplemente echarse en su mullida cama de dos metros, y dormir hasta la mañana siguiente (o hasta su próxima vida).

Con sigilo caminó a lo largo de los pasillos desiertos de la mansión. ¡Nadie a la vista! Vanina todavía debía estar en lo de algún novio; Esmeralda ocupada en sus tareas escolares; y Mercedes y Nicolás... ¡Prefería no enterarse!.

Entró a su dormitorio y arrojó su bolso y su abrigo al piso. Un gesto semejante hubiera sido impensable para ella, pero aquel día en particular se sentía con derecho a todo. Luego fue Victoria la que se dejó caer en el lecho, con violencia. Y como si eso pudiera borrar su memoria, cerró los ojos y el corazón...

Pero cuando apenas habían pasado unos minutos, un ruido fuerte la obligó a volver a abrirlos. ¿Qué estruendo era ese? Sonaba como si hubieran arrojado un bulto, y provenía de su propio cuarto de baño. ¿Habría alguien escondido allí?

La muchacha buscó algo para defenderse, pero tuvo que conformarse con un gancho para la ropa. Usándolo como arma, con cuidado se dirigió hasta el lugar de donde el ruido provenía. Acercó su oreja a la puerta. Podían escucharse unos quejidos...

Tuvo un mal presentimiento, y se apuró a abrir.

—¡Esmeralda! —gritó, espantada.

Su pequeña hermana estaba caída dentro de la cabina de la ducha. El largo pañuelo de seda que le había regalado el día anterior, ahora pendía, anudado al caño que salía de la pared.

—¡Esmeralda! —volvió a gritar, mientras sostenía en sus brazos aquel cuerpo exánime—. ¡Dios mío!... ¡Qué has hecho!...

La jovencita abrió los ojos, y la miró sorprendida, mientras toda su cabeza comenzaba a mancharse de sangre.

—El pañuelo... Se soltó —fue lo único que alcanzó a decir, antes de volverse a desmayar.

* * *

Mercedes, pintada y arreglada como para ir a una fiesta, sonreía, mientras escuchaba el veredicto del doctor Fernando Aguirre (Fer, para los amigos).

—En lo físico, no se ha hecho demasiado. Tiene un tajo grande en la cabeza, y le he tenido que dar diez puntos. También tiene varios moretones, pero no he podido juzgar demasiado, por la sangre. Ahora Berta la está lavando, y después voy a revisarla otra vez.

—Entonces puedo quedarme tranquila...

—Bueno, en realidad habría que hacerle varios exámenes más, y también sería apropiado que...

—¡Tonterías!... Esmeralda es una niña muy sana. Me lo ha dicho su cirujano plástico. Estoy segura de que se va a

reponer cuanto antes... No ha sido más que un traspíe al ducharse, y...

—Pero Victoria dijo...

—¡Un traspíe! Ya sabes como son los niños... ¡unos atolondrados!

Fernando no tuvo tiempo de discutir. Victoria acababa de asomarse, llamándolo.

—Esmeralda ya está lista. La hemos lavado y cambiado. Puedes regresar para terminar de revisarla...

El médico se apuró a seguirla hasta el dormitorio que, según tenía entendido, era el de la propia Victoria.

—Disculpa que te hayamos molestado a ti... —le dijo la muchacha a media voz, mientras caminaban.

—No me importa el haber venido, pero... yo soy cardiólogo. Hubiera sido mucho más indicado que...

—¡Sí! Hubiera sido más indicado una ambulancia y un psiquiatra. ¡Pero Mercedes se puso como loca ante la sola idea! ¡A toda costa quería evitar el escándalo!

—¿Estás segura de que intentaba suicidarse?

—¿En mi baño, y con el pañuelo que yo le había regalado, colgando de la ducha?

—Evidentemente el mensaje era para ti.

—¡No me explico por qué!

—No soy experto en la materia, pero tengo entendido que los suicidas suelen ser bastante sádicos. De la misma forma en que buscan lastimarse, intentan producir dolor en aquellos que más aman. Es una cuestión de “simpatía”.

—Entonces prefiero que me odie...

Fernando le sonrió.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó el buen doctor, cuando llegaron a la puerta.

—Hace varios días que todos me preguntan lo mismo, por una cosa o por otra. Pero, ¿sabes qué?, ¡no tengo la más remota idea! Sólo sé que estoy muy asustada.

Y realmente su gesto debió ser conmovedor, porque Fernando sólo atinó a abrazarla con ternura, como se hacía con un niño desprotegido.

—Para lo que te sirva, no dudes en contar conmigo —le dijo—. Conociendo a Vanina y a Mercedes, me doy cuenta de que eres la única esperanza de esta pobre muchacha.

Victoria suspiró.

Juntos entraron al cuarto. El joven doctor comenzó a revisar a la paciente, que ahora estaba acostada en la cama que fuera de su padre, arreglada y limpia.

A pesar de estar concentrada en lo que Fer hacía, accidentalmente Victoria desvió la mirada a la cara de su medio hermana. ¿Qué le estaba pasando? Parecía emocionada ante el contacto de aquellas manos varoniles.

¿Sería de familia el andar necesitando un hombre?... Pero no. Allí había mucho más...

“De más de treinta, profesional... ¡Fernando!”, adivinó de inmediato.

¡Sí! Acababa de descubrir el pequeño secreto de su hermana menor. El secreto más grande que podía guardar cualquier mujer.

* * *

Victoria ya había hecho las paces con su auto importado, así que aquel viaje nocturno por las calles desiertas de la ciudad, le pareció casi placentero.

Esmeralda, (quizás por el susto), había actuado dócilmente, y se había dejado examinar por los doctores de la clínica, sin decir ni una palabra. Luego las habían autorizado a ir hasta el centro comercial, distante a unas pocas cuadras, para poder comer algo, mientras esperaban el resultado de los análisis y las placas radiográficas. Las dos hermanas actuaban como si aquel fuera un simple paseo, haciendo comentarios triviales, y tratando de disimular sus verdaderos sentimientos.

A las doce de la noche ya estaban de regreso en casa.

—Sube a acostarte en mi cama —le sugirió Victoria a su hermana menor—. Prefiero que esta noche la pasemos juntas.

Por toda contestación, la pequeña Esmeralda la miró con agradecimiento, y comenzó a subir al dormitorio. Pero en mitad de la escalera se topó con Vanina.

—¿Montaste otro de tus “shows”, hermanita? —le dijo ésta, con ironía, mientras la tomaba del brazo. Pero la otra se soltó con furia, y siguió su camino.

Al llegar abajo, fue Victoria la que interceptó a su hermana.

—¿“Otro de tus shows”?... ¿A qué te refieres?

—¿Cómo?... ¿No estabas enterada?... Este verano, en la casona de Punta del Este. El cirujano apenas la había autorizado para tomar sol... ¡Dos frascos de aspirina se tomó, la muy idiota! ¡Tuvimos que regresarnos a los quince días, por su culpa!

—¿Aspirinas?

—¡Sí!... ¡Aspirinas!... Creo que no va a volver a tener un dolor de cabeza por el resto de su vida —concluyó, con sarcasmo.

—¿Cuándo fue eso?

—Ya te dije: este enero.

—¿Y no la hicieron ver por un psiquiatra?

—Sólo lo hace para llamar la atención...

—¡Pudo morir! —exclamó Victoria, horrorizada.

—¡Mejor! Un diez por ciento de la herencia mas para mí —dijo Vanina con indiferencia, antes de darle la espalda y continuar con su camino.

Al escucharla, Victoria se quedó petrificada. Muda, apesadumbrada, como si aquellas palabras la hubieran dejado indefensa.

Pero como si Vanina hubiera adivinado esa reacción, a pesar de no estar viéndola, al llegar a la puerta, giró sobre sus talones, y le dijo:

—Lo que he dicho es mentira... Pero no tengo ni la más puta idea de cómo ayudarla...

La voz se le había quebrado, y por primera vez no se veía como la diosa inalcanzable que le gustaba parecer, sino como una simple chiquilla muy asustada.

Las dos hermanas se miraron, y Vanina se apuró a salir antes de que comenzaran a caerle las lágrimas.

Victoria, parada allí sin saber qué hacer, comenzó a sentir que de nuevo crecía adentro suyo ese odio terrible que la había poseído durante todo el día. Esa furia intensa ante la indiferencia ajena, o ante la idiotez de los otros. ¡Tenía que hacer algo!... ¡Tenía que gritarle a alguien!...

Y sabía exactamente a quién.

Caminó hasta el cuarto que estaba cerca del invernadero. Y con cada paso que daba se acrecentaba aún más su enojo, que ahora era irrefrenable. Al llegar allí, abrió la puerta con violencia, y entró sin preguntar, dispuesta a gritar unas cuantas verdades.

Pero en seguida se quedó muda.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Mercedes, como si tal cosa.

—¿Le ha pasado algo a Esmeralda? —se preocupó Nicolás.

Victoria, inmóvil, se limitaba a mirar a uno y a otro, sin poder articular palabra.

—Será mejor que te cubras, Mercedes —le dijo el muchacho a la dama, mientras le alcanzaba una toalla—. Creo que Victoria no está acostumbrada a que la gente se pasee desnuda por allí.

La mujer, rechazando lo que Nicolás le daba, se defendió:

—¿Es cierto eso, querida?... ¿No tendrás esos estúpidos pruritos que suelen tener los provincianos, no?...

—Mercedes es demasiado libre con su cuerpo... —comenzó a explicarle Nicolás, al ver su asombro—. Nosotros ya la conocemos, pero los demás...

—¡Tonterías!... —insistió aquella mujer cincuentona—. La gente civilizada no se sorprende. Sólo en este país

hundido en el quinto mundo, pueden... —Y luego se dirigió a Victoria—: Debes saber que, desde pequeños, he llevado a Nicolás y a las niñas a veranear a playas nudistas... Por supuesto, tu padre no quería saber nada con eso. ¡El muy idiota era un puritano!...

Victoria se ruborizó. Se sentía muy mal por haber pensado que Nicolás y Mercedes...

—¿Qué venías a decir? —le preguntó nuevamente “Ojos dulces”.

Y la muchacha, aunque le costó sobreponerse (sobre todo con las tetas de su madrastra flotando por allí), lo enfrentó con otra pregunta.

—¿Por qué Esmeralda no está en tratamiento psiquiátrico?

—¡No le hace falta! —se apuró a contestar el trasero de Mercedes, que ahora le sonreía a Victoria.

—No ha querido ir —respondió Nicolás, apesadumbrado.

La muchacha los miró a ambos, sorprendida.

—No se trata de lo que ella quiera... —dijo—, sino de lo que necesita. Según me ha dicho está a punto de abandonar el colegio, no tiene amigas ni novio, está convencida de que es gorda...

—Un poquito excedida de peso está —interrumpió Mercedes.

Victoria la miró con furia antes de continuar:

—... y ya es la segunda vez que intenta suicidarse.

—¡Está jugando! —insistió aquella dama estúpida, que parecía creer que si dejaba de preocuparse por los problemas, estos desaparecerían por encanto.

Luego siguió hablando, pero Victoria ya no pudo escucharla más. Y es que no podía acostumbrarse a ver a aquella mujer desnuda.

Sí, evidentemente todavía era una estúpida pueblerina.

¡Gracias a Dios!

* * *

Victoria comenzó a vestirse tratando de no despertar a su hermana.

La noche había sido muy larga y difícil para las dos. Se habían gritado, habían reído, habían llorado. Al correr de las horas habían ido desgranando miles de secretos y frustraciones. Era curioso como sus vidas eran similares: signadas por el desprecio de los otros, la soledad y el abandono. La única diferencia era que Victoria había crecido bajo el amor y la tutela de la que ella creía su madre, mientras que Esmeralda sólo había recibido

indiferencia. De Mercedes, porque... ¡bueno!, por que así era Mercedes. Y de su padre... Aldo Ferrari había vivido recordando a una hija perdida, y olvidando a sus hijas presentes. ¡Qué forma de desperdiciar el amor!

Al final de la noche habían terminado quedándose dormidas, fundidas en un abrazo sincero.

Pero ahora Victoria tenía que ir a trabajar.

Con cuidado salió del cuarto. Afortunadamente, como ocurría siempre que estaba en la casa, no tardó mucho en toparse con Berta.

—¡Vigíla! —le ordenó—. No te separes de ella por ningún motivo... A las tres de la tarde vendré a buscarla para llevarla a su primera sesión de terapia. No va a ser fácil salirme, pero...

—¿Quieres que la lleve yo?

La voz de Nicolás la sorprendió.

—Si lo hicieras... Hoy tengo un día muy duro en la empresa, y...

—No tienes que darme explicaciones. Ya mismo le voy a decir al doctor Uriburu que no voy a ir a trabajar.

—Gracias —es lo único que atinó a decir la muchacha.

Y entonces aquella sensación dulce que se apoderaba de ella cuando él estaba cerca, volvió a invadirla. Un tierno

encanto, que sólo la voz áspera y autoritaria de Berta pudo romper.

—Yo le avisaré a las tres de la tarde, señor Nicolás— dijo la vieja, mientras contemplaba a Victoria sin esconder un cierto reproche.

¡Era el colmo! ¡¿Ahora también tenía que preocuparse por lo que pensaba esa bruja?!

* * *

La llegada al garaje de la fábrica fue muy distinta a la del día anterior. Los giros resultaron precisos, y el motor ronroneó bajo su mando.

Uno de los empleados se acercó hasta Victoria, solícito,

—¿Puedo servirla en algo, señorita Ferrari? —preguntó, mientras le abría la puerta.

—En realidad, sí —respondió en forma enigmática. Y luego le pidió algo en voz muy baja. El pobre hombre la miró extrañado. Pero Victoria se limitó a sonreír.

Era hora de aprovechar todo lo que Cohen le había enseñado.

* * *

—El problema es la materia prima. La goma que compran es una basura...

—Pero una basura costosa. La competencia paga menos de la mitad... Para mí que están arreglados con los cerdos de arriba...

—¿Y las máquinas? —se interesó Victoria.

—Las máquinas las compró Ferrari antes de morir, y son buenas...

—Las mejores están en un galpón y nadie las usa. Hay una que costó como medio millón de dólares, y nunca la instalaron.

—¿Y para qué las compró, entonces? —preguntó la muchacha con inocencia.

—Hace unos años el viejo se puso como loco, porque decía que finalmente había encontrado a la hija... Empezó a comprar máquinas, y lo puso al Tito a diseñar nuevos modelos...

—¡Yo los vi!... ¡Eran muy lindos! —acotó doña Inés, con diligencia.

—¡Estaban buenísimos! —se entusiasmó Betty, la niña de contaduría, mientras le sonreía al muchacho encargado de los depósitos.

—¿Y por qué no se comenzaron a fabricar?

—Porque de repente Ferrari se enfermó muy mal. En pocos meses, pobre tipo, ya estaba con un pie en la tumba... Si no fuera porque el viejo tenía cáncer, diría que lo han matado. Su muerte le vino muy bien a demasiada gente...

—Para mi que le hicieron “un daño”. Yo le vi una marca en la frente poco antes de morir, que no me gustó nada... Sí, ríanse nomás... Pero estoy segura de que alguno le echó un maleficio... —afirmó doña Inés, que parecía saber de lo que estaba hablando.

—¿Y los modelos eran buenos de verdad?

—¡Que te lo diga el Tito!... —dijo aquel hombre fuerte, mientras señalaba a un jovencito delicado que estaba tomando un mate, algunos metros más allá—. ¡Tito, ven aquí!...

El muchacho observó el grupo formado alrededor de Victoria con curiosidad.

—¿Qué ocurre? —preguntó con un tono alegre—. ¿Regalan algo, que están todos reunidos? —dijo con voz aflautada, incorporándose al corrillo.

—¡Ven, Tito!... Te presento a la empleada nueva. Trabaja en el directorio... —dijo, señalando a Victoria.

El muchacho la observó de pies a cabeza. Sus ojos azul cielo, su pelo ordenado, su delantal de empleada, ¡y unos hermosos zapatos de la casa más costosa de Buenos Aires!.

—¿Quién eres tú?! —le preguntó con severidad, enfrentándola.

—Soy Victoria. Trabajo arriba...

—¿Trabajas ahí? —preguntó con desconfianza—. ¿O te acuestas con alguno de los directores?...

—¡Por supuesto que trabajo!... Empecé ayer... —se defendió la joven.

—¿Y con qué dinero has podido comprar esas preciosuras que tienes en los pies? —le enrostró Tito, (que para aquello de los zapatos era un experto), mientras agitaba su cabeza de un lado al otro.

—Con el dinero de mi herencia. Soy Victoria Ferrari, y ayer me he hecho cargo del directorio —respondió la muchacha con sinceridad.

Hubo un clamor quedo al escuchar sus palabras, e incluso Don Roberto comenzó a escupir la galleta que tenía en la boca, ahogado por la sorpresa.

—¿Tú eres la dueña? —preguntó uno, mientras los demás tomaban distancia.

—Sí... Una de ellas. Pero, créanme, no me saqué ninguna lotería con eso. El negocio está a punto de irse a pique, y yo no estoy acostumbrada a bailar sobre la cubierta del Titanic. Si no queremos perderlo todo, tendremos que hacer algo para sacar esto adelante...

—¿Tendremos?...

—Sí. Ustedes y yo... Por lo que he visto ayer, no puedo confiar demasiado en los de arriba.

Los trabajadores se miraron unos a otros.

—¿Para eso necesitabas disfrazarte de empleada? —le reprochó Tito, con desdén.

—Mira, llevo años caminando empresas. Hace tres que soy contadora, pero antes que eso, las limpiaba...

Todos la miraron, sorprendidos.

—¿Limpiabas oficinas? —se atrevió a preguntar uno.

—¡Sí! —se apuró a responder la muchacha—. Pero estés donde estés, ya sea detrás de un plumero o de un ordenador, la conclusión es siempre la misma: se aprende mucho más de los que trabajan de verdad, que de los idiotas que se sientan a dar órdenes... Y yo he venido hasta aquí para aprender...

—En eso tienes razón. Los de arriba son todos unos idiotas...

—¡Y corruptos!... Ferrari se iba, y ellos le robaban sin piedad...

—¡Y ese Cardozo!... Yo lo vi varias veces con Loria, mostrándole la fábrica como si fuera el dueño...

—¿Entonces...? —preguntó Victoria, animada—. ¿Qué opinan?... ¿Van a ayudarme a sacar esto adelante?... Si lo logramos, nos beneficiamos todos... Si no, sólo

enriquecerán los idiotas de siempre. Yo tendré que volver a limpiar oficinas, y ustedes se quedarán sin trabajo...

Los empleados se quedaron mirando a aquella muchacha, sin estar muy seguros de cómo reaccionar. Por un lado, era la dueña. Pero por el otro...

Fue Tito el primero en acercarse a ella:

—¿Quieres? —le preguntó, mientras se apuraba a limpiar con la mano la bombilla de la que todos habían chupado, para ofrecerle un mate.

Victoria le sonrió, agradecida. Y en seguida comenzaron a “matear”. Un sorbo, limpiar la bombilla, y pasársela al de al lado. Un poco más de agua caliente, un poco más de mate, un poco más de charla, y otra idea al calor de tan vigorizante infusión. Y poco a poco, mientras todos pensaban, se fue iniciando el principio de una nueva era para una empresa que, como su gente, se negaba a hundirse.

Entre mate y mate, nuevos vientos comenzaron a soplar...

Y quizás, guiado por el destino, aquel Titanic del subdesarrollo comenzaba a tener una chance, aunque fuera muy remota, de llegar a buen puerto, para que sus pasajeros (los más pobres y los más ricos) pudieran continuar bailando en tierra firme.

* * *

Vázquez se aproximó a su jefe tratando de no incomodarlo. Hacía más de una semana que Cohen estaba de un humor pésimo, y nadie quería enfrentar su ira.

—Disculpa...

—¿Qué pasa ahora?! —preguntó de mal modo, sin dejar de mirar los papeles que tenía en la mano.

—Teléfono para ti... —le dijo su empleado con miedo, y luego, bajando la voz, agregó—: Es Victoria.

Cohen levantó la cabeza al escuchar aquel nombre, y lo observó, como si no entendiera lo que le había dicho.

—¿Victoria? —repitió.

Vázquez se limitó a asentir, pero luego observó a su jefe, atónito. Aquel hombre frío y calculador parecía... ¿conmovido?.

Lo vio extender la mano hacia el teléfono con lentitud, como si estuviera buscando el valor para enfrentarse con sus propios sentimientos. Luego se tomó unos segundos más para levantarlo, y finalmente, con una voz tranquila y reposada, contestó.

—Hola Victoria...

Del otro lado de la línea, la muchacha se estremeció.

—Hola Cohen...

Por un momento ninguno de los dos se atrevió a hablar, pero luego lo hicieron al unísono.

—Quería saber...

—Estaba pensando...

Volvieron a callar.

—¿Hace mucho que regresaste del sur? —preguntó al fin la muchacha.

—¿A qué te refieres?

—A la auditoría de la petrolera...

—¡Ah!... No, no fui yo. Lo mandé a López...

—Creí que... —se extrañó la joven. Pero no tardó demasiado en entender—. Dime, ¿por casualidad has perdido tu teléfono móvil, o te lo han robado?

—Que yo sepa no... ¿Por qué lo preguntas?

Victoria suspiró.

—Escucha, Cohen. Me he ido de allí debiéndote una pequeña fortuna y...

—Ah!... Llamabas para eso... —dijo su antiguo jefe, sin poder ocultar su desilusión—. Cuando quieras puedes mandarle el cheque a Vázquez.

—No... En realidad quería pedirte...

Del otro lado de la línea, Cohen empalideció.

—Tú sabes... —continuó Victoria—. Éramos muy buenos trabajando juntos, y ...

—Sí, éramos buenos. Pero ahora eres dueña de una empresa, y no creo que pueda ofrecerte un trabajo que esté a tu nivel...

—Pero yo puedo ofrecértelo a ti —se apuró a decir la muchacha, tratando de conjurar aquel rojo intenso que comenzaba a colorear sus mejillas—. Me refiero... Necesito tu asesoría. Aquí no sé en quien confiar, y... me siento sola —terminó diciendo a media voz.

Esta vez fue su jefe el que enrojeció, ante la mirada de Vázquez, mudo testigo del diálogo.

—No tengo problema, Victoria —le respondió luego de unos segundos (que a ella le parecieron eternos), con la voz calma e impersonal que había usado al principio de la conversación—. Aquí en el estudio vamos a hacer todo lo que esté a nuestro alcance para ayudarte...

—Gracias... —respondió ella.

Y por un instante volvieron a callar.

—Rompí con Guillermo... —agregó Victoria—. Pero él ya te lo debe haber contado...

—Yo creí que... —se apuró a responderle su jefe, pero inmediatamente se detuvo—. No, no ha vuelto por aquí...

—Entonces, ¿nos vemos mañana?... Si quieres podemos encontrarnos cuando termine el horario de tu oficina.

—¡No! —se alarmó Cohen. Pero luego retomó su tono calmado—: Prefiero que sea en horas de trabajo. Puedo ir a tu empresa, y...

—No quiero causarte problemas.

—El trabajo nunca me causa problemas.

—Te espero a las cuatro, ¿está bien?

—Perfecto.

Nuevamente se quedaron callados.

—Adiós —dijo ella, y se apuró a cortar.

—Adiós, Victoria... —dijo él, al silencio.

Sólo después de colgar se dio cuenta de que Vázquez lo observaba.

—¿Qué pasa?... ¿Necesitas algo?

—¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos, Cohen?

—No tanto como para que te metas en mi vida...

—Victoria no es una mujer para ti. Me refiero a... Dejando de lado su fortuna, ella es... muy frágil. Tú, en cambio...

—Lo sé perfectamente. Y soy incapaz de dañarla... — respondió, abatido—. Pero soy un hombre, y a veces no puedo evitar...

Volvió a enrojecer.

—No temas, Vázquez. Te juro que Victoria no corre ningún riesgo conmigo —concluyó Cohen.

—No es ella la que me preocupa, sino tú.

—Llegaste demasiado tarde, amigo —le dijo, mientras se hundía nuevamente en el trabajo.

¡Demasiados sentimientos para un solo día!

* * *

Victoria sonrió. ¡Otra batalla ganada! Ya eran casi las diez de la noche, y los idiotas del directorio le habían presentado sus informes. ¡Cómo habían sudado los muy cerdos! Y más cuando ella les exigió revisar todos los contratos celebrados con alguna fuerza política. ¡Qué curioso! Justo un dato que le habían dado por casualidad al comprar unas zapatillas, parecía ser el que más angustiaba a los ancianos. ¿Cuántos negociados más esconderían?...

La muchacha se sentía ahora segura, y, ¿por qué no decirlo?, feliz.

Comenzó a juntar sus cosas para irse. Finalmente le habían entregado la tarjeta de crédito corporativa, y el teléfono móvil de la empresa, así que se tomó un tiempo para guardar la primera, y para personalizar el segundo. En el “uno” del discado rápido puso el teléfono de la mansión. Si tenía que comunicarse con Esmeralda por algo, prefería que fuera en forma urgente. En el “dos” anotó el de su propia oficina. Y en el “tres”...

Con decisión consignó el número del teléfono móvil de Cohen. No había nada de malo en eso. Sobre todo considerando que iban a trabajar juntos...

Estaba anotando el número del estudio en el “cuatro”, cuando el ruido que hizo al abrirse la pesada puerta de madera de su oficina, la sorprendió. Era el tal Cardozo, el tipo que había despedido el día anterior.

—¿Qué hace aquí? —le preguntó Victoria, poniéndose de pie, y tratando de conjurar el miedo que comenzaba a apoderarse de ella.

—He venido para que vuelvas a pensar lo mío... Eres una chica inteligente, y estoy seguro de que finalmente harás lo que más le conviene a todos.

—Ya lo he hecho, Cardozo.

—¡No sabes lo que dices!... Nunca vas a poder enfrentarte sola con Loria. ¡Me necesitas! Yo soy el único que sabe lo que ocurre aquí... “Todo” lo que ocurre aquí. Y, si quiero, puedo ser muy comunicativo...

—Me imagino que tanta “comunicación” tendrá un precio.

—Sólo vendo mercadería de buena calidad. ¡Por supuesto que es costosa!... Gracias a mi vas a poder deshacerte de todos esos viejos, sin tener que pagarles una fortuna. Conozco los secretos de todo el mundo...

—En síntesis, es un sucio soplón.

El tipo la miró con una cara tan horrible, que por un momento Victoria temió por su vida. Eran las diez de la noche. De seguro estaban prácticamente solos en aquel piso inmenso, y...

—Disculpe, señorita Ferrari... Somos de la limpieza... ¿Va a tardar mucho más con la oficina?...

—En un momento nos retiramos.

El hombre salió en seguida, no sin mirar con algo de desconfianza.

El teléfono móvil de Cardozo comenzó a sonar. De mal modo él lo silenció, y luego la tomó del brazo a Victoria, con violencia.

—No te hagas la “viva” conmigo, nenita... Tengo amigos muy poderosos...

La muchacha se soltó, sin bajar la mirada.

—¿Podemos limpiar ahora?— insistió el hombre del aseo, con un balde en la mano.

—Apúrese a irse, Cardozo. ¿No ve? Están juntando basura. Aquí usted corre peligro... —le dijo la muchacha con ironía.

Escoltada por el personal de maestranza, Victoria esperó a que aquel tipo nefasto saliera de su oficina. Luego se dejó caer en su sillón, agotada.

La idea de salir sola de allí a esa hora no le gustaba. ¿Y si el fulano la estaba esperando afuera? ¿O en el garaje?.

Tomó su teléfono móvil y comenzó a jugar con la idea de marcar el “tres”. ¿Vendría Cohen en su auxilio?... Podría acompañarla a su casa, y...

Marcó el “tres”.

“Roberto Loria no se encuentra disponible en este momento. Si quiere dejarle un mensaje...”

Colgó.

¿Roberto Loria?... ¿Qué significaba eso?

Observó el pequeño aparato que tenía en las manos detenidamente. Era igual a su teléfono móvil, pero este se veía más usado.

Tuvo un mal presentimiento.

—¿Podemos limpiar su oficina ahora?... Disculpe la insistencia, pero es que después tenemos que ir a otro sitio, y...

—Por favor, vayan empezando. Yo ya me voy.

La muchacha comenzó a juntar sus cosas, y, entre ellas, su teléfono móvil, reluciente a comparación del otro.

—Disculpe, señor... —le dijo Victoria al hombre que estaba repasando su escritorio con apuro— ¿Me permite el trapo?

El pobre hombre empalideció, pero sólo atinó a obedecerla, sin entender.

Para su sorpresa, Victoria se puso a limpiar un pequeño celular, sólo para dejarlo de nuevo sobre su escritorio.

—¡Ya está! —dijo, satisfecha.

Era hora de volver a casa...

* * *

—No sabes como te agradezco que vinieras a buscarme... —repitió Victoria, sin poder ocultar su emoción. Y es que aquel hombre siempre lograba conmoverla sólo con su cercanía.

—No es nada, Victoria —dijo Nicolás, agachando la cabeza como si estuviera en falta.

—Mañana espero no tener que quedarme hasta tan tarde.

—Si te sientes insegura en la oficina, Aldo hizo instalar todo un circuito cerrado de monitoreo. ¡Hay cámaras hasta en el baño!... En cuanto a esta joya... —dijo el muchacho, mientras acariciaba el volante—, ... tiene un rastreador satelital.

—¿Por qué tantas medidas de seguridad? ¿Acaso mi padre tenía enemigos?

—Un rico siempre los tiene. Tendrás que acostumbrarte.

Bajo la luz tenue que se filtraba por los vidrios polarizados del Mercedes, Nicolás se veía hermoso. Su perfil era perfecto: suave, pero a la vez varonil. Y su cabello, ligeramente ensortijado, solía caer sobre su frente, dándole un aire casual y simpático.

Podía dejarse besar por un hombre así.

Tenía algo de Guillermo (quizás ese gesto de perrito perdido, en busca de afecto), sin dejar de verse fuerte e increíblemente buen mozo.

—¿Tienes novia?

Victoria se ruborizó, a pesar de que había formulado la pregunta con desparpajo.

—No sé que defines como novia... Tengo una muchacha con la que me veo de vez en cuando.

El gesto de Victoria se oscureció, y él se dio cuenta de inmediato.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—Temo pensar que Guillermo alguna vez haya podido decir algo así, refiriéndose a mi.

—Agustina sabe perfectamente que sólo somos dos adultos sin ningún compromiso.

—¿Y nunca piensas en casarte?

—No es el momento. Tengo muchas cosas por resolver.

—¿Por qué para los hombres nunca es el momento?

—¿Por qué para las mujeres el casarse es una meta? ¿Qué es lo que esperan del matrimonio, que las obsesiona tanto?

Por un instante Victoria se quedó callada.

Como buena niña católica, el matrimonio era para ella la puerta del sexo sin culpa. Y como buena hija de madre soltera, el altar representaba el principio de la estabilidad en el afecto.

No quería que sus hijos se criaran como ella, sin la presencia de un padre a tiempo completo. No quería pelear la vida sola. Necesitaba un compañero en el que poder confiar, pasara lo que pasara. ¿Era tan malo eso?

—No sé —fue su escueta respuesta.

“Ojos dulces” sonrió.

—¿Y estás enamorado de Agustina?

—Depende de lo que llames “estar enamorado”.

¡Otra vez!, pensó Victoria para sus adentros. “¡Y después dicen que las mujeres somos complicadas!”

—¡Vamos!... Sabes perfectamente lo que eso significa.

—No, pero imagino a lo que te refieres...

Un nuevo silencio.

—¿Y? —insistió la muchacha.

—No. No estoy enamorado... Por ahora —dijo, mientras desviaba su mirada del camino para verla a ella.

¡Guau! ¡Qué sensación!...

¿Qué había estado haciendo durante esos últimos siete años con Guille? ¿Cómo había podido perderse las delicias de aquel delicado juego llamado “seducción”?

* * *

—¿Adónde vas?...

—¿Adónde quieres que vaya? ¡A la fábrica!... Y si no te apuras a ponerte el uniforme, las dos vamos a llegar tarde —le dijo Victoria a Esmeralda, mientras le arrojaba su falda azul de colegio.

Cómodamente apoltronada en aquel lecho inmenso, la jovencita ni se inmutó por el apuro de su hermana, y se limitó a seguir observándola.

—¿Y por qué te estás arreglando tanto?... Estás vestida como para una cita.

Victoria se miró al espejo, descorazonada.

—¿Te parece que he exagerado? Quería verme bien...

—¿Y por qué hoy en particular?

—Por nada —respondió Victoria, mientras comenzaba a sacarse el labial que se acababa de poner.

Contempló a su hermana a través del espejo. —¿Vas a levantarte o no?

—¡No!... Al menos hasta que me cuentes con quien vas a encontrarte. El tipo debe importarte demasiado como para que te pongas ese vestido rojo, con los cuatro primeros botones abiertos... ¡Tú!, que siempre te vistes como monja.

Victoria se puso colorada.

—¡Ay, hermanita! —se burló Esmeralda—. Ni siquiera a mí se me encienden las mejillas con tanta facilidad... ¡Vamos! ¿De quién se trata?.

—No es nadie —respondió, mientras empezaba a vestir a su hermana menor, como si se tratara de una niña. La otra la dejaba hacer, divertida.

—¿Nadie?... Entonces es alguien...

—Se trata sólo de mi antiguo jefe...

—¡Ah!... ¡Cohen!

—¿Cómo sabes su nombre? —se extrañó la muchacha.

—¿Te burlas de mí?... ¡Todo el tiempo estás hablando de él!. “Cohen dice esto”, “Cohen hace aquello”, Cohen, Cohen... No creo que menciones tanto a Guillermo, con el cual pasaste siete años de tu vida, como a él.

Victoria volvió a ruborizarse.

—¿Te gusta? —insistió su hermanita.

— ¡Tonterías!

Esmeralda la miró en forma socarrona.

—¿Qué? —la enfrentó Victoria.

—Que ya se te pegó eso del “Tonterías”...

—¡No!

—¡Claro que sí!. Lo has dicho igual que la tía Cora.

Victoria simuló pegarle, y la otra, defenderse. Y riendo, cayeron de nuevo en la cama.

—¿Te gusta? —volvió a preguntarle, impiadosa, su pequeña hermanita.

—No lo sé —le respondió.

Y decía la verdad.

* * *

Volvió a mirar el reloj de la oficina. Las cuatro menos tres minutos... Menos dos... Menos uno...

—“Señorita Ferrari, el doctor Samuel Cohen ha venido a verla. Dice que tiene cita con usted a las cuatro de la tarde”.

—Sí. Hágallo pasar, por favor —respondió Victoria.

Y soltó el botón del intercomunicador.

Volvió a arreglarse el cabello (por enésima vez), y se preparó. ¿Notaría Cohen el cambio? ¿La vería ahora de una manera distinta?... ¿Se daría cuenta de que, además de una contadora eficiente, era también una mujer?

Pues si lo hizo, no se notó.

Por el contrario, se limitó a saludarla como si aquel fuera un día cualquiera en la oficina.

—Hola Victoria.

Ni un beso en la mejilla, ni un apretón de manos. Sólo aquella voz increíblemente grave, que la ponía a temblar.

Comenzaron a hablar de la empresa y los negocios, como lo habían hecho durante los últimos cuatro años. Pero para Victoria nada era igual. Cohen no era ahora su jefe, sino un hombre. Un hombre que la perturbaba. No era

aquella caricia dulce que le provocaba la presencia de Nicolás. No. Mirar a sus profundos ojos marrones era como asomarse al borde de un abismo. Sentía miedo, pero a la vez una extraña atracción.

Mientras él desgranaba cifras, ella observaba su boca: ¿qué se sentiría ser besada por un hombre así? Mientras él le alcanzaba papeles, ella se imaginaba aquellas manos fuertes recorriéndola.

¿Qué le estaba pasando?!... ¿Tan desesperada estaba?...

—Bueno, tú sabes muy bien lo que cobra el estudio por hora. No creo que tengamos problemas con eso. Puedo mandarte a Vázquez para que comience a trabajar cuanto antes.

—De acuerdo.

Se quedaron callados, y por un momento sus miradas se encontraron. Y como si aquellos ojos azul cielo lo lastimaran, Cohen se apuró a bajar los suyos.

—Creo que ya está todo —dijo por decir algo, con la vista fija en los papeles, y luego agregó en voz baja, casi como “al pasar”—: Entonces... asumo que no vas a casarte...

—Guillermo no quiso.

Por un momento Cohen le sostuvo la mirada, y ella se apuró a explicarle:

—Quería casarse con Victoria Ferrari, y yo, a pesar de todo, sigo siendo Victoria Rojas.

Aquel hombre oscuro le sonrió. Fue casi imperceptible, pero lo suficiente como para que la muchacha comenzara a temblar (¡otra vez el abismo!).

—Me voy —dijo él, también algo perturbado.

—Algo más... Hay un fulano... Un tal Roberto Loria...

Victoria notó por la crispación de su antiguo jefe, el odio que le producía el sólo escuchar aquel nombre.

—¿Lo conoces?

—De la facultad. Yo era de izquierda, y él de derecha. Y los dos preferíamos ser mancos... Es un idiota, pero un idiota muy peligroso. ¡Tendremos que estar atentos!

Victoria lo miró, agradecida. Y es que a pesar de que Cohen, con sus palabras, estaba justificando sus más oscuros temores, aquel “tendremos”, así, dicho en plural, la hizo sentir de inmediato confiada.

Era extraño... Cuando estaba junto a aquel hombre se sentía tan segura, que nada en el mundo podía asustarla... Nada, excepto él mismo.

* * *

—¿Más flores?...

La muchacha observó a su alrededor, desolada. Era el quinto arreglo floral que Eduardo Rolón le enviaba, y, por algún oscuro motivo, Berta se empeñaba en ubicarlos todos adentro del pequeño estudio, lugar adonde Victoria inocentemente pretendía trabajar luego de volver del trabajo. Pero ese olor horrible a flor marchita ya empezaba a descomponerla.

—¡Tíralas, por favor!

Aquella mujer lúgubre la miró con un desdén que no se condecía con la sumisión con que se apuró a obedecerla.

—¿No sería mejor que salieras con él? —preguntó Vanina, que la estaba observando desde la puerta.

—Ya salí... ¡Una vez!

—De seguro te mostraste dulce y simpática, como haces siempre, y al pobre muchacho lo dejaste más enamorado que antes. ¿Por qué no pruebas soltar tus demonios con un hombre? Te acuestas con él, te burlas de su sexo, ¡y listo!... Por algún motivo que nunca entiendo, los hombres son muy orgullosos con su pene.

Victoria la miró asombrada.

—Sería incapaz de hacerlo.

—Pues te vendría muy bien liberarte un poco. Es evidente que lo necesitas.

—¿Por qué es tan evidente?

—Como te babeas con Nicolás, cada vez que está cerca. Y las ganas con que lo miras a Fer... ¿O crees que no lo he notado?... Está bien, todas necesitamos una “revolcada” de vez en cuando, pero...

—Yo no me puedo ir a la cama con cualquiera. Primero tengo que...

—¡Tonterías! —la interrumpió su hermana, con ese mohín tan característico de la familia— ¿Cuándo fue la última vez que te acostaste con alguien?

Victoria enrojeció.

—¡Se nota que estás desesperada! —fue la conclusión obvia de Vanina.

Sí. Estaba comenzando a estar un poco desesperada, (¡o mucho!, a juzgar por como había actuado con Cohen aquella tarde).

Como fuera, sus necesidades eran algo de lo que no estaba dispuesta a discutir.

—Vanina, tengo que confesarte algo...

—¿Te estás acostando con Fer?

—¡No!... ¿No dices que me veo desesperada?

—Fer no es gran cosa como amante...

Victoria la miró con incredulidad, y luego insistió. — Dime, ¿qué haces durante todo el día?

—¿Qué voy a hacer? Me levanto a eso de las once, voy a la peluquería, almuerzo con alguna amiga, voy de compras o al cine... Tú sabes, lo normal de cualquier muchacha de mi edad.

—¿Lo normal?

—Sí.

—Bueno, querida hermanita, vas a comenzar a olvidarte de ser normal. A partir de mañana vas a hacer algo extrañísimo: vas a... ¡trabajar!.

—¿Qué?!... ¡Ni lo sueñes! No estoy calificada para hacerlo. ¡Ni siquiera terminé el colegio!...

—Pues para éste trabajo, sí. Tendrás que seleccionar los nuevos modelos que vamos a fabricar. Tú sabes de moda y tendencias. Sólo será cuestión de mirar unos dibujos, y aceptar o rechazar.

—¡Ni lo sueñes!...

—Querida Vanina, no sé si te has dado cuenta, pero he reemplazado tu tarjeta de crédito por una de débito. Es decir que cuando se acabe el dinero que deposité en tu cuenta, ya no podrás seguir gastando hasta el nuevo mes.

—¡Fuiste capaz!

—Dije que lo haría y lo hice... El pequeño sueldo que te pague por tu trabajo te permitirá gastar un poco más.

—El gran sueldo, querrás decir

—Un sueldo. Luego de que hayas elegido los modelos, tengo otro trabajito para ti. Deberás comprar un departamento en Punta del Este. Algo adecuado como para que vayan a veranear tu madre, tu hermana y tú.

—¿Para qué, si tenemos la casona de José Ignacio?

—Porque pienso venderla. Necesito obtener recursos para invertir en la nueva línea. Esa casa vale una fortuna, y tú, en cambio, deberás comprar un departamento bien ubicado, pero modesto.

—¿Y cómo se supone que vamos a invitar a nuestros amigos?... Todos los veranos llenamos la casa de gente.

—Pues esa gente deberá pagar ahora por un hotel. Y si eran amigos de verdad, no notarán la diferencia...

—¡No seas ridícula!... Nadie se junta con pobretones, ni gente que vive en casas “modestas”.

—Buena política. Comienza a hacer tú lo mismo. Que sean ellos los que te inviten, ¿o no tienen una mansión para hacerlo?

La presencia de Berta interrumpió la charla, justo en el momento en que la pobre muchacha buscaba una respuesta en su enlentecido cerebro..

—Señorita Victoria, el doctor Rolón, hijo, la busca.

Vanina miró a su hermana con sarcasmo.

—Recuerda mi consejo. ¡Siempre funciona! Matarás dos pájaros de un tiro.

Victoria se dirigió a recibir al recién llegado como quien camina hacia la horca. Porque si bien era cierto que cuando era pobre no tenía ningún admirador (ni siquiera su propio novio), esa ausencia de atenciones le dejaba un tiempo libre que ahora hubiera necesitado. Estaba harta de hacerle caso a desconocidos, o, como era el caso de Rolón, a tipos que hubiera preferido no conocer nunca.

—Hola Eduardo —dijo, sin ocultar su desgano.

—No me has llamado, querida Victoria... Espero que hayas recibido las flores.

—Todas y cada una de ellas. Flores muertas.

—¿No estaban frescas?... Las compro en la mejor florería de Buenos Aires...

—Prefiero las plantas vivas. Y si realmente estás decidido a gastar tu dinero, podrías intentar con bombones. Adoro el chocolate. Pero si en verdad estás dispuesto a complacerme...

—¡Sí!... Ordena y lo tendrás...

—No me mandes más nada. Y de ser posible tampoco vengas aquí, ni me llames por algo que no tenga que ver con la empresa o el trabajo.

—Eres muy desagradecida conmigo, Victoria. Yo, por ti, he perdido un amigo.

—Y yo por ti he perdido un novio. Creo que los dos nos hemos beneficiado.

—Entonces, esta es tu última palabra.

—Creía haberla dicho la otra noche en el barcito de la calle Arroyo, pero si tú no estás dispuesto a escuchar, no tengo problema en repetirla una y otra vez.

—Te has vuelto dura, Victoria. Eres ahora como las demás mujeres ricas que conozco: dura e insensible. ¡Lástima! Yo siempre estuve interesado en ti. Fue la lealtad la que...

—Sí, tu eres muy leal... —dijo la muchacha, mientras abría la puerta de calle.

Los ojos de Eduardo relampaguearon. Fue la primera reacción sincera que vio en él, y, de alguna forma, logró conmoverla. ¿Tendría razón, y se estaría volviendo insensible, a fuerza de tanto ordenar a los demás?

Al pasar por la puerta, dispuesto a partir, el joven Rolón no pudo con su genio. Primero la rozó, pero luego la tomó entre sus brazos y, antes de que ella pudiera reaccionar, la

besó con vehemencia. Fue extraño aquel beso. Un beso no deseado ni esperado, y sin embargo...

Sí, quizás tenía algo de razón su hermana. Obviamente su cuerpo le estaba reclamando...

Lástima que su corazón también.